

## MENSAJE DE MONS. DOMINGO OROPESA LORENTE, OBISPO DE CIENFUEGOS CON MOTIVO DE LA SEMANA SANTA,

(Transmitido por la emisora provincial "Radio Ciudad del Mar"  
El miércoles 8 de abril del 2009 en horas de la tarde)

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Agradecer de nuevo a nuestra emisora provincial "Radio Ciudad de Mar" la oportunidad que nos ofrece para dirigir un mensaje en relación con la Semana Santa.

Un año más la Iglesia Católica nos presenta el Triduo Pascual: pasión, muerte y resurrección de Cristo.

El centro del Año Litúrgico, del primer día de la Semana, lo central en la vida de fe de cada cristiano: la muerte y resurrección de Cristo ha sido y será el centro de la vida de la Iglesia.

Ya los primeros cristianos comenzaron a celebrar el "Día del Señor" partiendo de la resurrección del Señor pero, sin olvidar su muerte en la Cruz. Tenemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles: "A este Jesús Dios lo resucitó; de lo cual nosotros somos testigos" (Hch 2, 32). Dirá Pedro haciendo su voz con las de los demás Apóstoles: Dios resucitó al que "vosotros... matasteis clavándole en la cruz" (Hch 2, 23)

Debemos participar en las celebraciones del Triduo Pascual con el deseo de que Dios incremente nuestra capacidad misionera. Si todo encuentro con Cristo en la eucaristía, en la oración, en la comunidad, en la cruz de cada día, es para testimoniarlo a los demás, estos días santos muchísimo más nos van a fortalecer para ser discípulos y misioneros del Señor.

Fijándonos en el Jueves Santo podemos pensar que Dios nos va a fortalecer para ser siervos de los demás, dentro y fuera de la Iglesia, para animarnos a ser fortalecidos en cada misa, para pedirle aumento de vocaciones a la vida sacerdotal para nuestra Diócesis de Cienfuegos. Acudamos en el Jueves Santo para ser fortalecidos en el amor.

El Viernes Santo, teniendo como centro la cruz de Cristo, la muerte de Cristo, será el mejor momento del año para desear dejar el pecado de pensamiento, de palabra, de obra y de omisión. Cristo no dio la vida por una fatal injusticia del momento, sino por todas las injusticias pasadas, presentes y futuras; por todo pecado cometido y por cometer. No existe verdaderamente una vida cristiana plena sin misericordia divina, sin el perdón frecuente, diríamos constante, de Dios. Nos debemos acercar en este día a Cristo crucificado para pedir perdón por nuestros anti testimonios que habrán alejado a muchos del amor de Dios.

Y sanados de toda obra mala acercar a muchos a Dios. El Viernes Santo es el día para buscar ser transparencia de Cristo. No debemos quedarnos en juzgar a Judas, a Caifás, a Pilato o a los soldados romanos, sino para juzgar nuestra propia vida, sabiendo que Dios siempre tendrá algo, y posiblemente mucho, que perdonarnos. Pedir perdón no sólo para crecer nosotros como hijos de Dios sino para que otros puedan experimentar el amor de Dios.

Y participaremos en la Vigilia Pascual, la Madre de todas las Vigilias. Desde el siglo II la Iglesia Católica se ha reservado toda una noche, cada año de su historia, para celebrar que el sepulcro de Cristo está vacío porque Cristo ha resucitado y permanece resucitado. De las ansias de eternidad dependerá grandemente nuestra capacidad apostólica. La Iglesia es la anunciadora de Cristo resucitado, su Cabeza, su Esposo, su Amor y su Vida.

El mejor testimonio que podemos ofrecer a los demás, desde la participación en la Vigilia Pascual, es que vivimos con Cristo y de Cristo vivo. No somos los católicos, los que buscan, sino los que ya han encontrado. ¿A quién? A Jesús resucitado. Podemos decir a los demás: ¡Hemos visto al Señor! ¡Estamos viendo al Señor! ¿Esto es posible? Si. Porque sentimos cómo nos ama, cómo nos perdona, cómo nos ayuda, cómo nos sirve, cómo cambia nuestras vidas, cómo jamás estamos solos y cómo se acerca a los demás.

Si los Apóstoles resaltan y resaltan la presencia de Cristo resucitado, de Cristo vivo, es porque antes lo han visto morir. Los cuatro evangelios señalan: "Entregó el espíritu" (Jn 19, 30), "exhaló el espíritu" (Mt 27, 50), "expiró" (Lc 23, 46; Mc 15, 37).

Pero, dirá Pedro: "Sepa con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros habéis crucificado" (Hch 2, 36). En toda la predicación apostólica está presente el misterio pascual de Jesucristo: "Los Apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús" (Hch 4, 33). "Sepan todos ustedes y todo el pueblo de Israel que ha sido –la curación de un paralítico- por el nombre de Jesucristo, el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos" (Hch 4, 10).

La fe en Cristo vivo es la fuerza de la predicación apostólica, es la fuerza de la Iglesia, es la fuerza de cada uno

de nosotros. Dirá Pablo “No me atreveré a hablar de cosa alguna que Cristo no haya realizado por medio de mí... en virtud de señales y prodigios” (Rm 15, 18-19). ¿Qué Cristo? Cristo resucitado, Cristo vivo. Cristo es la vida de Pablo y por eso él reconoce que toda su predicación apostólica que ha conseguido la obediencia de los gentiles, de palabra y obra” (Rm 15, 18), se debe a Jesús resucitado.

Felipe bajando de Jerusalén a una ciudad de Samaria predicaba a Jesucristo, a Cristo vivo y todos veían y oían las señales que Cristo realizaba” (cfr. Hch 8, 6)”. Es Cristo resucitado, exaltado a la diestra del Padre el que concede a Israel la conversión y el perdón de los pecados (cfr. Hch 5, 31).

Que nuestra vivencia del Triduo Pascual incremente en nosotros la capacidad de acoger a Jesucristo y la capacidad de anunciar a Jesucristo. Participemos en cada una de las celebraciones con el deseo de ser cada día más y mejores discípulos del Señor; cada día más y mejores misioneros de Cristo resucitado.



*Nosotros Hoy - Segmento noticioso del Sitio WEB de la COCC  
Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. 2009 ©*

**Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original**